

dental, fundado, no en metafísica y ciencia *á priori*, ni siquiera en estudio del propio *yo*, sino en ciencia empírica y de observación del mundo que nos rodea: en noticias adquiridas por los sentidos, aun suponiéndolos aguzados por instrumentos ingeniosísimos, como microscopios, telescopios, espectroscopios y radiómetros, y auxiliados por otros sentidos, sutilísimos y casi ubícuos, que poseen los cuerpos fluidos, y por cuya virtud parece que nos entendemos con los espíritus ó con lo que vd. llama cuerpos fluidos, que vienen á ser lo mismo,

Es indudable que aceptada la existencia de dichos sentidos *fluidos*, el campo de la observación y de los lindes de la ciencia empírica se extienden extraordinariamente. Con dichos sentidos llegamos á percibir lo más etéreo y alcanzamos á columbrar lo más remoto, aunque lo sólido, macizo y opaco, se interponga. Para dichos sentidos no hay solidez ni opacidad que valgan; un muro espesísimo de argamasa es más diáfano que el cristal, y la grosera y ruda sustancia de que están amasados los Andes hasta sus raíces, goza de la transparencia del aire sereno y puro y aun del mismo éter.

A lo que yo saco en claro de la atenta lectura de las obras de Allan Kardec y de otros espiritistas, también ellos coinciden con vd., solo que llaman á los cuerpos fluidos *periespíritus*, aunque son cuerpos, son tan léves, tan volátiles y vaporosos, que van por donde quieren y ven cuanto se les antoja. Aunque viven envainados en los cuerpos sólidos, cuando llegan á cierto grado de elevación en los estudios pueden salirse del cuerpo sólido, dejándole dormido en éxtasis y hasta cataléptico,

é irse de bureo ó parranda por los espacios infinitos. Solo que los espiritistas ponen una condición que vd. no pone: dan por averiguado que, hasta el día de la muerte, el *periespíritu* está atado al cuerpo sólido por una cinta, guita ó cordón etéreo y luminoso, cuya longitud ó elasticidad es enorme.

Si consideramos el cuerpo sólido como una placenta, este cordón etéreo viene á ser como el cordón umbilical que une al *periespíritu* con el cuerpo en que se cría. La ruptura de este cordón umbilical y la vida independiente ya del periespíritu son los fenómenos que el vulgo llama muerte. Mientras dura la vida terrena, el *periespíritu* está, pues, como el jilguero que hace de cimbel, atado por un hilo, más ó menos largo, al palillo en que se posa cuando vuelve después de haber revoloteado.

Hallo todo esto tan sencillo, tan natural y tan llano, que no trasluzco la más ligera objeción que lo invalide. La dificultad y la discrepancia están en otros puntos.

Pero estos otros puntos son tan difíciles de tocar, que exigen nueva carta. Termino esta aquí, y créame vd. su amigo.

JUAN VALERA.

IV

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Muy estimado señor mío: No pocas veces he hablado yo con risa de la propensión de cierto amigo mío, á quien sin embargo respetaba y amaba, á quejarse de

que se lo sabía todo y de que no leía libro, por celebrado que fuese, que le enseñara algo nuevo; pero, considerando esto como debe considerarse, no hay fundamento para la risa. Mi amigo no se declaraba omniscio, ni mucho ménos. Lo que quería decir, lo que decía, tal vez con razón, es que, prescindiendo de datos menudos, si despojamos de su aparato magistral más de un tratado científico, casi siempre hallamos que nos sabemos todo aquello; que ya, más ó ménos vagamente, lo habíamos pensado. El autor del tratado no pierde por esto en nuestra opinión. Lo que se pierde es la fe, lo que se pierde es la esperanza en la ciencia. De aquí se origina muy afflictivo desconsuelo.

¿Quién ha de negar lo ingenioso de las palabras de Herbert Spencer que hemos citado? En ellas se ve patente la posibilidad teórica de la vida inmortal en un organismo. No ya un cuerpo etéreo, como el de que vd. trata, sino un cuerpo sólido humano, puede teóricamente ser inmortal, dadas ciertas condiciones. La vida es equilibrio movible. Mientras se conserve éste, se conservará la vida. Las fuerzas que han de equilibrarse son las internas ó del organismo, y las externas ó del medio ambiente ó *environnement*. El vivir estriba en esa correspondencia.

Despoje vd. de su majestad y método la biología de Herbert Spencer, y casi parece, con perdón sea dicho, que la ha compuesto Pero Grullo. Claro está que si una persona adapta bien su organismo al medio ambiente, ni se morirá de frío ni de calor, ni cogerá un tabardillo pintado. Si por otra parte, dicha persona repone con alimentos exquisitos y haciendo digestiones inmejora-

bles las fuerzas que consume en el trabajo ó ejercicio mecánico de los músculos ó en el trabajo mental de los nervios y del encéfalo, no hay razón para que estas fuerzas se gasten. Y si van en aumento, las empleará en crecer, y cuando ya no crezca, á fin de no reventar, dejará que se escapen las fuerzas que sobren por la válvula de seguridad predispuesta para el caso.

El sabio biólogo compara el cuerpo humano á una máquina de vapor. El vientre es la caldera, el carbón el alimento, y el vapor la sangre que mueve los músculos ó los miembros, ya para sacudir puñetazos, ya para escribir poemas ó resolver ecuaciones. Lo que sobra de este trabajo sale silbando de la máquina de hierro, ó sale procreando del cuerpo del hombre. Cuando éste no anda bien, ora se gastan en titeres las fuerzas, y el hombre es un hércules estúpido, ora se gastan en discurrir, y tenemos un sabio enclenque, anémico y cacoquimio; ora se consume todo en sabidurías y lucubraciones mentales, y el doctor tiene que contentarse con la posteridad espiritual, con adeptos y discípulos en vez de hijos. Herbert Spencer no se resigna, con todo, á que se pierdan ó se menoscaben unas aptitudes para que otras se desenvuelvan, y juzga posible, con hábil higiene, que todo vaya á la par y que sirvamos para todo, y hasta que progreseemos.

El único progreso á que pone límites, y que sin pena se conforma con que no siga, es el de la fuerza muscular. Con la maquinaria la supliremos. Herbert Spencer se contentará con que seamos más ágiles, con que bailemos y brinquemos mejor y no tropecemos ni nos caigamos. En cuanto á las otras facultades más altas,

el discurso y el sentimiento, el pensar y el amar, casi debemos decir con Júpiter:

*His ergo nec metas rerum nec tempora pono;
Imperium sine fine dedi.*

Nuestros sesos irán pesando más cada día, y cada día habrá en ellos más enmarañado laberinto de circunvoluciones y mayor cantidad, consumo y despilfarro de fósforo.

Y ¡ay infeliz del que no adquiera todo esto! Carecerá del esencial requisito para vivir. Sucumbirá en la lucha por la vida. Solo quedará en la tierra una raza humana superior al archi-lista, extinguiéndose las demás razas.

Pero esta raza humana superior, como sabrá adaptarse cada vez más al medio ambiente, si no logra la inmortalidad, logrará ser *macrobiblica*: esto es, tendrá vida grande y más completa, por la intensidad, por la duración y por las nuevas, variadas y numerosas correspondencias con el medio ambiente ó *environnement*.

Lo que será difícil hasta rayar en lo imposible, será la inmortalidad del individuo, en este sistema *spenceriano*. El medio ambiente sufrirá tan radicales mudanzas, que aun sin contar con la del fin del mundo, ocurrirán cosas que nos maten á todos, y no sabremos, por mucho que estudiemos, adaptarnos al medio ambiente.

Cada veinte mil y pico de años, verbigracia, sobrevendrán períodos glaciales, y luego surgirán nuevas Floras y nuevas Faunas. Vaya vd., pues, á precaverse contra todo esto, por mucho que sepa. No habrá más remedio que morir, en lo tocante al cuerpo sólido; pero á bien que tenemos el cuerpo fluido. Yo me refugio

en él y en el sistema de vd., y vengan períodos glaciales y estíos abrasadores.

Ast insueti aestus, insuetaque frigora mundo,
como ya anunciaba el divino y precitado Fracastoro; y truéquese la tierra en mar y el mar truéquese en tierra, y con el ardor del sol quede todo agostado y sin vida, ó bien salgan, del removido y fecundo cieno, inauditos monstruos, bichos rarísimos y ponzoñosos, y una caterva de desafortados gigantes,

*Ausuros patrio superos detrudere coelo,
Convulsumque Ossan nemoroso imponere Olimpo.*

De todo esto me reiré, de todo esto no se me importará un ardite, teniendo el cuerpo fluido bien adiestrado ya.

Como quiera que sea, por el sistema de Herbert Spencer, si no se prueba la posibilidad práctica de nuestra inmortalidad, á causa de estos grandes trastornos que él pronostica, queda probada la posibilidad teórica ó especulativa de la inmortalidad de una combinación de materia; y por el sistema de vd., la realidad práctica de esa inmortalidad en dicha combinación, cuando es de una materia sutil, pura, activísima y ligera. Yo no quiero ni debo poner objeción á esto. Solo siento tener que decir que no es muy nuevo. Los cuerpos gloriosos, la resurrección de la carne, son lo que vd. dice. Israelitas, cristianos y musulmes, apoyan su teoría de vd. y creen por fe que Henoch y Elías, sin morir, *eterizaron* ó *fluidificaron* sus cuerpos, y llegaron á la inmortalidad sin pasar por la muerte.

Queda, pues, como inconcuso que puede haber y que

hay combinación de moléculas, tan sábiamente organizadas, que ya ni en la eternidad se separen, y que resistan, para conservar su forma, á toda externa violencia. Pero, ¿cómo se da esta combinación? Se da, sin duda, por obra de una fuerza individual, indivisible, *organizante é individuable*, que no está en ninguna de las moléculas de la combinación, sino que se extiende por todas y está toda en cada una de ellas. Sin esta fuerza, una, verdaderamente una, *insecable, átomo real y no imaginario, mónada sencillísima y no extensa, entelechia*, en fin, ó cifra de todas las perfecciones en ciernes, ¿cómo quiere ni puede vd. concebir la existencia, la organización y animación de un cuerpo fluido?

Viene á corroborar este pensamiento la consideración de que apenas hay molécula en un organismo que no se separe ó que no se conciba que puede separarse sin que el organismo padezca, con tal de que otra molécula de igual valer la reemplace. No es, por consiguiente, la confederación de cierto número de moléculas lo que constituye la vida. Es casi seguro que en un tiempo marcado desaparecen en todo cuerpo orgánico cuantas moléculas le compusieron, y vienen á componerle otras. Un hombre por ejemplo, de cuarenta años, es lo probable que no tenga en su organismo ni un solo átomo de la materia que tuvo á los diez años, á los quince ó á los veinte. Este hombre, sin embargo, sigue siendo el mismo y tiene la conciencia de que sigue siendo el mismo; guarda en la memoria los sucesos de su vida y lo que ha estudiado y aprendido. Si es buena persona, ha progresado en ciencia y en virtud; y como muestra aún la fisonomía y traza de antes, aunque un

poco deteriorada, ó alterada, porque los años no pasan en balde, todo el mundo le reconoce y le da el nombre que le dió cuando muchacho y persiste en creer que es el mismo sugeto, cuando le ve en calles y plazas, tertulias y reuniones. ¿Qué es, pues, lo que persiste en este señor para que siga siendo siempre él y no otro? Vd. dirá que persiste la forma, pero la forma no tiene nada de sustantivo, es un adjetivo, es una calidad que cae sobre la sustancia. Luego si la sustancia varía y la forma persiste, por fuerza hemos de conceder un principio informante que va amoldando y sujetando á determinada forma la sustancia que llama á sí para constituir un organismo.

Claro está que, según el sistema de vd., el cuerpo fluido es quien tiene esta habilidad y hace esta operación en el cuerpo sólido. Pero con el cuerpo fluido, con toda combinación, por ténue y etérea que sea, ha de ocurrir idéntica dificultad. Un cuerpo fluido, una sombra, una aglomeración orgánica de las más alambicadas chispas de éter, tendrá también pérdidas sensibles é insensibles, sudará á su modo, se alimentará de purísimos efluvios y de refinadísimos aromas, y en suma, hará también sus digestiones y sus secreciones de suerte que al cabo de cierto tiempo ocurrirá al cuerpo fluido orgánico lo que al sólido: ni un solo átomo tendrá ya de los que antes tenía, si bien persistirán su individualidad y su forma. Luego, no ya la inmortalidad, sino la duración y la persistencia, no residen en la cohesión ó el agrupamiento de las moléculas, sino en una virtud plasmante ó informante, la cual atrae y colecciona los átomos, concertándolos para fines prescritos y

prefijadas operaciones. Y como esta virtud es calidad y no sustancia, menester es que supongamos sustancia en que resida y que sea sugeto de este atributo.

Y como si esta sustancia fuese corporal ó extensa, volveríamos á las andadas, y meteríamos en el cuerpo fluído otro más fluído y más sutil, y así hasta lo infinito, ha sido menester poner como hipótesis para explicar esto, una sustancia incorpórea ó sin extensión, á la cual hemos llamado *archea*, *entelechia*, alma ó espíritu, sustancia, en suma, que ha tenido mil nombres y de cuya esencia convengo en que no se sabe nada; pero, como de la esencia de la materia no se sabe más, me parece que por este lado espíritu y materia quedan iguales y nada tienen que echarse en cara en cuanto al concepto oscurísimo que de ambos formamos. Por lo cual, si hemos de negar el espíritu porque no sabemos lo que es, bien podemos con el mismo fundamento negar la materia; y ya vd. sabe que casi ó sin casi la negaba Berkeley. Hasta se puede ir más allá y asegurar que procedemos menos de ligero afirmando la existencia del espíritu, que afirmando la existencia de la materia, porque la percepción del espíritu es inmediata y la de la materia no.

Para percibir la materia necesita uno de ojos, de oídos ó de otro sentido; y si no los tiene muy agudos, de lentes ó de trompetillas acústicas; y si la materia es muy menuda, de microscopios; y si está muy distante, de catalejos; mientras que para percibirse uno á sí mismo no tiene mas que pensar y no necesita más medio ni más instrumento que el pensamiento mismo.

De todo lo cual se infiere, y tengo que decirlo con la franqueza que me es propia, que sus cuerpos fluídos de vd. no explican nada, como no les prestemos alma inmortal que los informe y habilite. Hecho este préstamo, su sistema de vd. me agrada. Estamos de acuerdo, y hasta estamos de acuerdo también con Allan Kardec y los espiritistas. Y si no reparamos en pelillos, ni entramos en menudencias y damos á nuestros asertos una interpretación amplísima, generosa y conciliante, hasta estamos de acuerdo con todo buen cristiano, que cree en la inmortalidad del alma espiritual y en el cuerpo glorioso informado por ella.

Lástima es que no acepte vd. también para todo el Universo, que es unidad á par que conjunto de cosas varias, cierta fuerza unitiva é inteligente que lo ordene, enlace y úna todo; algo, en suma, que se parezca al Dios en que nosotros creemos; pero vd. se muestra enojadísimo contra Dios y le suprime, lo cual me apesadumbra de veras.

Y es lo más extraño que en el proceder de vd. hay una inconsecuencia capital que salta á la vista. Tal vez el motivo más fundamedtal que tiene vd. para suprimir á Dios, es la existencia del mal moral y físico, que siendo Dios Todopoderoso, inteligente y bueno, no consentiría. Pero, como en seguida se pone vd. á cavilar, á trabajar y arreglar el mundo, y resulta que todo está á pedir de boca, y que no podemos quejarnos, no comprendo cómo no vuelve vd. á Dios el crédito que ha querido quitarle; y ya que lo halla todo tan bien y tan enderezado á nuestro progreso físico, intelectual y moral, no vuelve á dar á Dios la gobernación de to-

das las cosas, y aun á celebrar en su honor una función eucarística y de desagravios.

La verdad es que acerca de todo esto, así como acerca de cuanto en su sistema de vd. tiene que ver con la moral y con las ciencias sociales y políticas, hay muchísimo que decir todavía, y más importante que lo dicho hasta ahora; pero yo estoy cansado de escribir sobre tan arduas cuestiones, y vd., y el público á quien comunico las cartas que á vd. escribo, recelo yo que estén cansados de estas filosofías que voy enjaretando. Dejémoslas, pues, al menos por ahora, y ya veremos si más adelante vuelvo á escribir á vd. sobre su libro, con más serenidad y reposo. Entre tanto, aunque disto mucho de haber expuesto aquí toda la doctrina que el libro contiene, y de haberla juzgado, ya creo que doy alguna idea, así de la doctrina como de lo que pienso acerca de ella. Solo añadiré hoy cierta alabanza, que lo es para un escéptico como yo, aunque para vd. no lo sea. Su libro de vd. no convence, pero entretiene. Luce vd. en él su brillante imaginación, y llena no pocas de sus páginas de elocuentísimas frases. Ya esto es mucho, y yo le doy por ello mi más cumplida y cordial enhorabuena.

Créame su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

JUAN VALERA.

ARTICULOS CRITICOS

EL PERFECCIONISMO ABSOLUTO

BASES FUNDAMENTALES DE UN NUEVO SISTEMA FILOSOFICO
POR

JESUS CEBALLOS DOSAMANTES

I

Los estudios filosóficos requieren gran fuerza de inteligencia, atención para analizar los detalles, orden para distribuirlos, método para investigarlos, ilustración y facultades para generalizarlos y sintetizarlos, y sobre todo, completa abstracción del *amor propio*, ó mejor dicho, de apego sistemático á las propias ideas, á fin de no fanatizarse con un *sistema*; porque en definitiva, la filosofía del porvenir no será un sistema filosófico, será simplemente: Filosofía.

Los conocimientos humanos no están en la actualidad en el estado de perfección á que deben llegar para que esta ciencia se desnude del espíritu sistemático,